

¿QUÉ NOS ENSEÑA LA NAVIDAD?

Padre MANUEL LOSADA SIERRA

Mirar hacia atrás en el tiempo es tropezarnos con la historia que hemos construido, es repasar los hechos que han impactado y que han dejado huella en nuestra memoria, es desempolvar los acontecimientos que nos permitan calificar la vida social de ese momento como digna de ser recordada con orgullo o, por el contrario, olvidada como parte de las páginas que quisieran borrarse porque produce vergüenza el solo mencionarlás.

Ocasión propicia para este ejercicio intelectual es el final de un año. Estamos en este momento de transición entre un año que se extingue y otro que brota en el umbral de un nuevo milenio. Mirar hacia atrás recorriendo los acontecimientos que han marcado este año que termina no será seguramente una empresa grata, tendremos que confrontarnos con el dolor y la desesperanza de muchos compatriotas que ven su existencia a través del cristal opaco de unos ojos cansados de llorar la muerte violenta de un ser querido o la separación obligada fruto de un secuestro inesperado, o simplemente resignados a la batalla diaria por sobrevivir. Hemos sido testigos de actos de barbarie contra la población más indefensa y vulnerable, los niños han sido víctimas del odio cuando están llamados a ser objeto de amor y cuidados. Esto nos hace pensar en una

sociedad enferma que requiere una profunda transformación de valores y actitudes.

¿Será tan difícil esta transformación? Creo que la reflexión debe iniciarse en el reconocimiento de que somos un pueblo que aún conserva grandes valores humanos y cristianos. Es necesario que recuperemos la confianza en nosotros mismos y en las posibilidades que tenemos de hacer el bien, no podemos sucumbir ante el pesimismo absoluto que cree que todo está perdido y que solo nos queda esperar el golpe de gracia. Pero, ¿dónde fundamentar esta confianza?, ¿qué nos puede animar en la búsqueda de nuevas actitudes en nuestra vida social?

El gozne que une el final de un año y el inicio del otro es la navidad, la gran fiesta de la dignidad humana, la celebración de un acontecimiento central en la historia de la humanidad; Dios asume la condición humana, se hace uno más de nosotros para devolvernos la dignidad perdida por el orgullo y la rebeldía. Por esto podemos preguntarnos, ¿quién es el hombre, si el Verbo asume la naturaleza humana?, ¿qué debe ser el hombre, si el Hijo de Dios paga el precio supremo por su dignidad?

Al finalizar cada año nos inclinamos con estupor ante esta verdad y este misterio,

la presencia del Redentor confirma la confianza de Dios en el hombre y su voluntad de regresarlo a la dignidad recibida cuando Dios lo creó a su imagen y semejanza. Reflexionando en torno a esta verdad descubrimos un profundo dinamismo inscrito en la naturaleza humana, la dinámica de lo que "somos" y lo que "estamos llamados a ser".

Esto significa, por un lado, lo que hemos recibido como un don de Dios al crearnos a su imagen y semejanza y al hacernos sus hijos, y por otro lado el trabajo personal y social que debemos emprender para hacer de este mundo un lugar más humano y más digno. De este modo la dignidad recibida como don se convierte también en una conquista por la cual trabaja y hacia la cual dirige los esfuerzos.

Tenemos una altísima dignidad fruto del especial amor con que Dios nos creó; pero debemos trabajar por convertir esta verdad en una realidad que anime nuestra existencia. El primer paso en este proceso es reconocernos amados por Dios, si somos capaces de hacerlo seguramente será mucho más fácil descubrir que los demás son igualmente amados por Dios y creados con la misma dignidad y llamados al mismo destino. De este modo el respeto por los otros, el trabajo desinteresado por el bien común, la tolerancia, la solidaridad, etc., no serán vacíos conceptos sino valores perennes con un fundamento siempre sólido y válido.

La esperanza en un cambio de actitudes se basa en esta posibilidad que tiene el hombre de recuperar la sensibilidad frente a la dimensión espiritual de su

existencia, de donde brota el estímulo a una vida más auténtica o, lo que es lo mismo, más humana. En el tiempo navideño brota de la humilde cuna de Belén un mensaje de optimismo en el hombre, una confirmación del amor de Dios por cada uno de nosotros.

De este modo, el inicio de un nuevo año se convierte en un desafío para todos nosotros, para los cristianos en general, pero de una manera especial para los miembros de nuestras Fuerzas Armadas. Hemos tenido un año muy difícil, nuestras filas se han enlutado al ver caer humildes jóvenes soldados y policías víctimas del terrorismo despiadado.

A pesar de todo esto continuamos creyendo en la bondad del hombre colombiano, y nuestros esfuerzos estarán dirigidos en este nuevo año al fortalecimiento de la paz y de la justicia, al respeto de los derechos fundamentales de los hombres y al afianzamiento de la democracia que tantos esfuerzos y desvelos nos ha costado mantener. Este es un compromiso que hemos adquirido y que continuaremos manteniendo al final de este milenio, será una lucha por construir un espacio más justo para nuestros compatriotas en un país del que sigamos sintiéndonos orgullosos.

Como soldados nos inclinamos ante el Señor recién nacido para que la estrella de Belén ilumine nuestro camino y su mensaje de amor nos anime en la entrega y sacrificio, para que su bondad nos haga responsables de nuestros hermanos más necesitados y respetuosos de los derechos humanos y de las libertades ciudadanas.